

Entrevista a Pedro Nuñez¹

Reflexiones en torno al vínculo entre jóvenes y política. El lugar de la familia y la escuela en la conformación de subjetividades políticas

Anahí María Angelini

¿Cuáles podemos pensar que son las marcas de época que caracterizan los modos de vivenciar la juventud contemporánea?

Es difícil trazar un diagnóstico definitivo, ya que podríamos cometer la equivocación de atribuir ciertas marcas de época homogéneas para todos los jóvenes. Y sería un error precisamente porque tal vez la clave principal es que existe una heterogeneidad de modos de ser joven, una visibilidad de estilos, formas, actitudes que, si bien poseen rasgos comunes transversales, son vividos de modo diferente de acuerdo a la clase social, al lugar donde se viva, el nivel de estudios, su relación con el mundo del trabajo, la situación de pareja o los consumos. Esta diversidad probablemente sea la gran marca del ser joven hoy. Siendo un poco más esquemático, podría señalar algunos rasgos que atraviesan transversalmente a los jóvenes, siempre considerando estas diferencias a las que hice mención antes.

El contexto nos muestra que ya no es posible pensar en trayectorias lineales, estandarizadas, como solía ser unos años atrás. Las personas jóvenes toman contacto con las instituciones de manera más intermitente, con trayectorias que son conceptualizadas como laberínticas, como lo hace Machado Pais², inciertas, como las piensa Jacinto³ en el caso argentino. Lo cierto es que tanto el informe de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) de mediados de 2000 como el reciente Informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo

¹ Dr. en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de General Sarmiento - Instituto de Desarrollo Económico y Social; Mg. en Estudios y Políticas de Juventud de la Universidad de Lleida, España; Lic. en Ciencia Política, Universidad de Buenos Aires; Investigador adjunto del CONICET/FLACSO Argentina.

² José Machado Pais es Dr. en Sociología, Investigador Coordinador del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Lisboa y Coordinador del Observatorio de Juventud Portuguesa.

³ Claudia Jacinto es Dra. en Sociología, Investigadora del Conicet e integrante de la Red de Educación, Trabajo e Inserción Social (Red ETIS) - IPE - Unesco.

hablan de la ambigüedad del ser joven: tener más expectativas de autonomía y menos opciones para materializarla o contar con mayores niveles educativos que sus familiares, pero con peores oportunidades laborales.

Este punto cobra relevancia porque incide en las expectativas que los jóvenes tienen sobre el futuro. Aquí podría decirse que hay una brecha generacional –tal vez propia del clima de época– que muestra que adultos y jóvenes se mueven por temporalidades distintas. Así, los jóvenes parecieran atravesar un presente permanente –lo que no quiere decir que no proyecten a futuro–. Para muchos, que viven su tiempo sin tanta referencia al reloj analógico, como lo llama Feixa⁴, tomar contacto con instituciones de cronologías previsibles genera ciertas inquietudes.

A riesgo de contradecir mi idea original de no señalar las marcas de época, quisiera mencionar dos más: una erosión de las fronteras tradicionales entre los sexos y los géneros –aunque persiste un doble estándar para juzgar las conductas de los varones y de las mujeres que habla de la eficacia en la producción de masculinidades y feminidades “correctas”– y una suerte de apropiación del espacio urbano que nos muestra nuevos modos de estar juntos, y de evitar a otros, como respuesta de los jóvenes a los procesos de urbanización y de fragmentación social.

Para no entrar en detalle en relación a las transformaciones que precisan las instituciones educativas o la política, diría que las diversas grupalidades juveniles funcionan como una respuesta que pretende implícitamente restituir un principio igualitario entre aquellos y aquellas considerados entre sí iguales por ser parte del mismo grupo. Estos intentos de conformar comunidad se dan en paralelo con la demanda de reconocimiento de la singularidad. Es decir, por un lado los jóvenes quieren ser respetados en sus elecciones, sus decisiones, gustos, consumos y a la vez precisan de grupos que les den cierta contención, que les permitan sentir la dimensión de la afectividad. Sin embargo, contrariamente a lo que solemos creer, estas grupalidades, lejos de ser de una vez y para siempre, se caracterizan más bien por su inestabilidad; van cambiando de grupos, de consumos, de ideas. Más que con identidades de largo plazo, nos encontramos con una superpoblación de grupalidades inestables que anudan de diferentes modos a los jóvenes, pero cuya temporalidad se rige por el corto plazo.

⁴ Carles Feixa es Dr. en Antropología Social, Investigador visitante de diversos centros académicos.

Así, tenemos una demanda juvenil de ser respetados con la necesidad de encontrar otros “similares” con los que sientan que comparten cosas. Por último, recuerdo el fragmento de una novela de Nick Hornby en el que uno de los protagonistas dice algo así como que son parte de una generación en la cual todos piensan que están para más, todos quieren ser algo importante, ser alguien. Y ese logro no está asociado con un trabajo, un conocimiento o una habilidad determinada.

¿De qué modos se ha transformado el vínculo entre juventud y política en los últimos tiempos?

Me parece que precisamente el vínculo entre juventud y política es uno de los que atravesó más transformaciones, aunque estamos empeñados en pensar que los jóvenes reproducen modos de participación política de otras épocas. El problema es que solemos mirar las prácticas políticas juveniles desde posiciones extremas que ponen en evidencia los supuestos adultocéntricos sobre la relación entre los jóvenes y la política. De este modo, pasamos de caracterizar a la juventud como desinteresada y apática a pensarla como rebelde y transgresora –como *inherentemente* transformadora de la realidad–. Ambos discursos ponen el énfasis en las particularidades intrínsecas de sus cuerpos y hay menor reflexión sobre el contexto de interacción en el que se despliegan esas representaciones y acciones políticas.

Entonces, en los últimos tiempos, parte de la sociedad y los medios de comunicación se sorprendieron ante una supuesta nueva “oleada” de participación política juvenil que algunos interpretaron como similar a las de otras décadas. En este aspecto habría que ser más cautos para preguntarse por los significados que los jóvenes otorgan a sus acciones políticas –las denominen o no de ese modo–.

Aquí hay dos procesos en simultáneo, pero que es preciso diferenciar analíticamente. Por un lado, un mayor interés de las investigaciones por “la juventud” para interpretar los fenómenos sociales contemporáneos desde nuevas perspectivas. Asimismo, de manera concomitante, hay una fuerte atracción mediática por la actitud militante de los jóvenes. Esta atracción se dio mayormente en cuatro o cinco hitos: diciembre de 2001, las marchas de Cromagnon, las tensiones resultado de la 125, la ley de matrimonio igualitario, o luego de la muerte de Kirchner.

Ambos procesos tienden a presentarse de manera solapada, pero son diferentes. Una cosa es tratar de desentrañar las formas de acción política protagonizada por los jóvenes y otra es cómo los medios “presentan” esa participación. Parte de la sorpresa mediática impide ver las tradiciones compartidas entre generaciones y así contemplar cómo son reactualizadas por los jóvenes. Pero, fundamentalmente, esas presentaciones privilegian una mirada adultocéntrica respecto de las formas de acción política juvenil en la contemporaneidad que termina restándoles capacidad de agencia. Y esto tanto por creer que no les interesa nada como por pretender que participen del mismo modo en el que lo hacían las generaciones precedentes.

Entonces, ¿cómo están pensado las investigaciones la participación política de los jóvenes?

Si tomamos en consideración lo que muestran algunas investigaciones, vemos que sus prácticas políticas combinan la presencia de formas que podríamos denominar tradicionales, como los Centros de Estudiantes o la mayor visibilización de los jóvenes que participan en partidos políticos, sindicatos u organizaciones sociales, junto a instancias más novedosas, como son las prácticas culturales, las estéticas como formas de expresión distintas a las que suelen denominarse “participación política”. Asimismo, encontramos que existe una tradición militante que hace que quienes participan más activamente sean jóvenes que provienen de familias con historia de participación política –y hay en ellos y ellas un componente de creencias y pasión que no está presente en otros jóvenes–.

En definitiva, y más como tendencia general, sus acciones políticas instalan nuevos temas de agenda, expresan una preocupación por la seguridad dándole un sentido diferente al término –muy visible en las protestas estudiantiles ante la situación de la infraestructura de sus escuelas– y una mayor preocupación por aquellas temáticas que más los interpelan, como los usos del espacio público, la libertad de elección sexual, las situaciones de discriminación o de decisión sobre su propio cuerpo. Además, apelan más al discurso de los derechos y se involucran en cuestiones concretas que implican un cambio de una situación específica, y en este aspecto parecieran más preocupados por poder resolver en el corto plazo que en pensar grandes cambios colectivos. Un involucrarse en el hacer a partir de situaciones concretas, donde pueden modificar algunos aspectos de su mundo más que cambiar cuestiones macroestructurales.

A la vez, pareciéramos transitar de movilizaciones políticas que se efectuaban contra el Estado a otras donde se lo representa como instancia que puede asegurar la posibilidad de transformación social. Este cambio es notable no sólo en las juventudes políticas de mayor presencia en la actualidad que buscan acceder a puestos en la burocracia estatal como forma de promover cambios, sino también en grupos de jóvenes que no construyen su narrativa en oposición al mismo.

Estamos ante un escenario novedoso por la visibilidad del colectivo juvenil, pero no en el sentido en el que suele interpretarse, sino porque sus prácticas anuncian transformaciones culturales por venir. Las investigaciones vienen mostrando desde hace ya unos años que los jóvenes viven una suerte de reencantamiento con lo público que los posiciona en el espacio de lo común, aunque muchas veces no cuenten con tantas oportunidades para que sus miradas acerca de lo que suele denominarse “los problemas de los jóvenes” sean consideradas. En síntesis, se movilizan más, participan de las más variadas formas, se expresan de múltiples maneras –desde un graffiti, la adopción de un estilo, la participación solidaria en algunos emprendimientos, la militancia más tradicional–, intentan usar su voz y tomar la palabra, pero la mayoría de los adultos, al mismo tiempo que dice valorar su participación, busca que repliquen lo que ellos quieren escuchar y dan poco espacio a esas ideas más autónomas.

¿Cuáles son los espacios de socialización política de los y las jóvenes hoy? ¿Qué lugar ocupa la escuela en este proceso?

Creo que estamos ante un escenario novedoso, porque lo que cambió es el impacto que tienen las instituciones en el proceso de socialización política de los y las jóvenes. Siguiendo este argumento, es posible señalar que el proceso de formación política se divide en distintas fases o etapas de la vida de las personas, incorporando nuevos aprendizajes y prácticas durante el contacto con distintas instituciones o esferas de la vida social. Entonces, aquí la pregunta es cómo ponderan las instituciones en las representaciones y prácticas políticas juveniles, qué impacto tienen. Lo que encontramos es que unos años atrás, a partir de responder la pregunta sobre quién era uno, se podía establecer una correlación entre nivel educativo, trabajo, sexo y determinadas ideas políticas. Hoy observamos que los espacios –instituciones– centrales de la modernidad, como la escuela, los partidos políticos, el mercado

de trabajo y los sindicatos, cuentan con niveles de incidencia menores en la formación política juvenil. No quiero decir que no incidan, sino que también adquieren importancia otras cuestiones, como el espacio público o las producciones culturales.

Entonces, lo que es necesario hoy es preguntarse por los lugares, por los circuitos que recorren los jóvenes. ¿Dónde pueden estar y expresarse? ¿En qué espacios se encuentran con otros y otras jóvenes? ¿Qué experiencias tienen en el espacio urbano, la escuela, el mundo del trabajo, la familia?

Así, vemos que los jóvenes transitan por algunos lugares y evitan otros, pasaron por experiencias de discriminación, pero también de defensa de sus derechos, saben cómo evitar a la policía o a personas con las que no quieren cruzarse, algunos participaron de acciones políticas o se involucraron en actividades solidarias, pasaron por una marcha, leyeron algún graffiti, interpretaron la letra de una canción o lucieron determinado estilo para mostrar alguna postura. En definitiva, son esos los espacios por los que tenemos que interrogarnos, aquellos donde se encuentran, donde producen marcas sin pensar que cuando llegan a la escuela, al trabajo o a un partido político lo hacen sin experiencia política alguna.

Decías antes en relación a la militancia en espacios considerados más tradicionales que la familia cuenta con una ascendencia principal en la configuración política de los jóvenes. Entonces, ¿cómo considerarás que gravita en los modos de experimentar la participación política?

Hay allí una relación entre emociones y política, o entre afectos y política. La experiencia de participación de los familiares implica un aprendizaje político y un modelo a seguir, y, de este modo, les posibilita inscribir su experiencia en una narrativa provista por otros cercanos. Ahora bien, por otro lado, si en los años sesenta y setenta la transmisión familiar del interés por la “política” redundaba en la confrontación generacional, hoy los hijos parecen querer parecerse a sus progenitores. De este modo, sus prácticas políticas parecen moldeadas de tal manera por las formas de pensar la vida política de sus familiares que cuentan con poco margen para imprimir sus marcas particulares.

A su vez, la escuela ocupa un lugar importante, pero tal vez por las razones inversas a las que pensamos. La escuela es un espacio valorado por muchos jóvenes, un lugar donde se sienten, en líneas generales, más reconocidos que en otros lugares. En algunas

investigaciones aparece en sus discursos la referencia a que es un lugar donde aprenden de sus derechos, y esto implica un cambio notable en relación a lo que ocurría unos años atrás. La cuestión es que, paradójicamente, tal vez sea preciso desmitificar la importancia de la institución escolar en la formación política de los jóvenes. Esto implicaría alejarnos de una mirada nostálgica que de manera simultánea sostiene como modo “correcto” de participación juvenil aquel privilegiado por las generaciones adultas cuando transitaron su juventud y no logra reconocer que la escuela, como ya no es la única institución legitimada para transmitir la herencia cultural y enseñar conocimientos, ya no concentra el monopolio de la formación política. Las personas jóvenes, como decía antes, aprenden, ejercen, participan, opinan en múltiples espacios. La temporalidad escolar no sabe cómo actuar ante esas inquietudes. La propuesta se mantiene inalterable (edificios con arquitectura de similares características, mismo formato con las mismas propuestas e ideas sobre la política), mientras que la temporalidad juvenil cambia vertiginosamente, combinando elementos tradicionales con la utilización de repertorios novedosos. Quizá cuando pensamos en la interrelación entre juventud, política y escuela se trate menos de promover lo que siempre se impulsó de acuerdo a cosmovisiones adultocéntricas que de escuchar las voces de los jóvenes. De enseñarles el mundo confiando en que pueden modificarlo.

Las tomas de escuelas tanto como el silencio de otros jóvenes son señales para pensar en la necesidad de producir otros diálogos entre la matriz de la escuela secundaria y las actuales formas de ser joven.

Por último, la escuela pretende transmitir certezas a jóvenes que transitan en la incertidumbre, que están acostumbrados a esta sensación. Y no siempre el hecho de no tener certezas es negativo. A veces habilita algunos caminos de experimentación que sería interesante explorar.

¿Quiénes son los jóvenes que militan en espacios tradicionales? ¿Podemos reconocer algunas diferencias/formas disruptivas en los modos de participación en estos espacios mediante la participación juvenil?

Por lo general, los jóvenes que militan en los espacios que solemos conceptualizar como tradicionales provienen de experiencias de socialización familiar en la cual sus integrantes – el padre, la madre, algún tío, tía, primo, la pareja de alguien– participaban o participan de un

espacio similar. Hay una suerte de transmisión generacional del interés por los espacios como los partidos políticos, sindicatos, centros de estudiantes o, incluso, las grandes y más tradicionales organizaciones sociales.

La cuestión a indagar aquí es si estos jóvenes reproducen desde un lugar de subalternidad aquello que sus mayores quieren escuchar o si generan formas transgresoras de participación al interior de un espacio tradicional. Y esto excede la idea de que las juventudes políticas siempre son un poco más rebeldes que sus mayores.

Cuando observamos los informes sobre “jóvenes” en partidos políticos vemos que muchos visten o hablan igual que sus mayores, que no habría ninguna diferencia si la pregunta se le efectuaran a un viejo dirigente político que a uno “joven”. Entonces, el mero hecho de contar con un documento más alto no significa que se incorpore a la agenda pública el debate de cuestiones y temáticas que hacen a la condición juvenil contemporánea ni que sea expresión de la posibilidad de producir disrupciones o siquiera una renovación de elencos e ideas.

A la vez, paradójicamente, la alta participación de unos “jóvenes” no interpela generacionalmente a otros “jóvenes”. La presentación de los “militantes” como parte de “otra juventud” poco contribuye a establecer vasos comunicantes al reproducir el discurso adultocéntrico que caracteriza a parte de los jóvenes como apáticos y descreídos. La juventud pareciera ser hoy un atributo positivo que permite a quienes se presentan como jóvenes acceder a posiciones de poder. Parece menos claro que eso implique necesariamente que se incorporen a la agenda política las demandas del heterogéneo colectivo juvenil.

Aun así, contamos con algunos indicios que dan cuenta de la incorporación de algunas formas transgresoras, disruptivas al interior de los partidos y sindicatos. Aparecen otras estéticas, nuevos lenguajes, la alteración de la letra de la marcha peronista, como la idea de “portarse mal” propuesta por otros grupos políticos, que aún no sabemos si implicarán cambios más permanentes. También de manera transversal los grupos de jóvenes de distintos partidos y movimientos adscriben a propuestas similares o, si no están del todo de acuerdo, hay menos conflicto, como ocurrió con el matrimonio igualitario –apoyado por un amplio espectro de juventudes políticas–, el medio ambiente o la despenalización del consumo de marihuana, aunque aún no sobre el aborto. De todas formas, lo realmente disruptivo sería la visibilización de un discurso que rompa generacionalmente con las

prácticas de la dirigencia más tradicional, que genere discusiones de fuerte sentido ideológico sin la construcción de la negación del lugar del otro que suele darse de manera simultánea. Y estos cambios ya referirían a la cultura política del país, sea expresada por adultos o jóvenes.